¿Hicimos todo lo que pudimos?

La guerra de Gaza es el último, pero no único, escenario de ataques contra la atención médica y la población civil donde el principio de humanidad ha quedado enterrado bajo los proyectiles



Tablón empleado para programar cirugías con un mensaje MSF

Escrito por:
MARTA CAÑAS, FRANCISCO REY Y JESÚS A. NÚÑEZ

Publicado por: ABC Internacional

El pasado 21 de noviembre, la tercera y cuarta planta del hospital Al Awda, en el norte de la Franja de Gaza, fueron alcanzadas por un ataque que acabó con las vidas de dos compañeros de Médicos Sin Fronteras (MSF), los doctores Mahmoud Abu Nujaila y Ahmad Al Sahar, y de un tercer médico del hospital, el doctor Ziad Al-Tatari. En el momento del ataque, más de 200 pacientes seguían en Al Awda.

El doctor Mahmoud llevaba años colaborando con MSF, sus compañeros lo reconocían como un verdadero defensor de sus pacientes, especialmente de los pediátricos. Había acogido a tres niños bajo su cuidado porque habían perdido a su familia. Tenía solo 38 años.

El doctor Ahmad era un joven médico generalista que, poco antes de la guerra, se había unido al equipo de MSF en Gaza. Acababa de comprometerse y planeaba casarse pronto. Tras un ultimátum imposible de cumplir, ambos decidieron, a título personal, permanecer en el norte atendiendo a los enfermos y heridos. No fueron los únicos.

En Gaza asistimos a una catástrofe humanitaria de una gravedad extraordinaria, tanto por los niveles de violencia contra civiles como por las restricciones a la ayuda humanitaria. Somos testigos de la brutal aniquilación del sistema sanitario de toda una población. Una destrucción tal que no podrá solventarse sólo con ayuda humanitaria.

El derecho internacional (DIH), que Israel ha suscrito, establece que los civiles deben distinguirse de los combatientes (principio de distinción) y que deben tomarse medidas para protegerlos (precaución y proporcionalidad). En este conflicto se han ignorado.

Los ataques aéreos y de artillería del Ejército de Israel no respetan la obligación de adaptar las tácticas de guerra al entorno para proteger, en la medida de lo posible, a la población civil, y las órdenes de evacuaciones masivas no eximen de la obligación del uso de munición y tácticas proporcionadas. El enorme número de niños y niñas cuyos cuerpos han sido llevados a los depósitos de cadáveres de los hospitales anula cualquier idea de que se estén tomando las precauciones adecuadas.

El derecho a la defensa ante los terribles y condenables ataques contra civiles de Hamás no puede amparar estas violaciones. Violaciones que, además, pueden constituir crímenes de guerra.

El DIH es explícito en que los hospitales y el personal médico no son objetivos militares. La Resolución 2.286 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas exige el respeto y la protección de los trabajadores humanitarios, el personal

médico, los transportes sanitarios y las instalaciones médicas. En gaza se ha ignorado el respeto a la misión médica. La Organización Mundial de la Salud ha reportado más de 200 ataques contra personal sanitario, instalaciones y ambulancias desde el 7 de octubre. En total, 25 de los 36 hospitales están ya inoperativos.

Esto no es una guerra entre Israel y Hamás. Es una guerra a cualquier coste en la que se ha negado el acto médico, uno de los últimos reductos de humanidad que hay en los conflictos. Se ha puesto contra la pared los principios más básicos de la ética médica. Las evacuaciones ordenadas por el Ejército israelí han puesto al personal médico ante un dilema imposible: sus vidas o las de sus pacientes.

Tampoco hay justificación para un bloqueo total de entrada a la Franja de alimentos, agua, suministros médicos o combustible para generar energía y hacer funcionar incubadoras y máquinas de diálisis. No la hay para este asedio total, para este castigo colectivo.

Lamentablemente, el desprecio por la vida humana no se circunscribe solo a Gaza.

Los hospitales han dejado de ser lugares seguros en muchos conflictos y el personal médico y los pacientes han sido desprovistos de la protección que el DIH otorga y que sigue siendo la expresión más clara de nuestro acuerdo global para mantener un espacio para la humanidad ante el monstruo de la guerra.

En Ucrania, los equipos de MSF han sido testigos de la destrucción masiva de centros médicos y de ataques contra hospitales y centros de salud. Solo en la región de Jersón, el 80% de las instalaciones sanitarias han sufrido daños totales o parciales.

MSF ha sido testigo de daños compatibles con bombas de racimo y ha descubierto la presencia de minas antipersona en hospitales en zonas anteriormente bajo ocupación rusa. El mensaje que se pretende mandar es evidente: los hospitales no son un lugar seguro.

Siria, Sahel, Afganistán… El repaso de conflictos donde la protección de los civiles es cada vez menor es tan extenso como doloroso.

En los últimos años, la percepción de los principios humanitarios y médicos se ha erosionado. La consideración de que los hospitales no son 'neutrales' y la desaparición de la noción misma de distinción entre civiles y objetivos militares han ganado un considerable y peligroso terreno en la narrativa de los actores de las guerras.

Las alegaciones de que Hamás se esconde detrás de cada civil y detrás de cada escuela, edificio, hospital, implica que, mientras haya vida civil en Gaza, habrá razones para bombardearla.

La matanza, el asedio y el castigo colectivo deben terminar. Hagamos cuanto esté en nuestra mano para no tirar por la borda los tratados y protocolos erigidos tras la Segunda Guerra Mundial con el fin de proteger a los civiles y no combatientes, limitar la barbarie y defender la humanidad. Los médicos no pueden detener las bombas.

En octubre, el doctor Mahmoud, escribió en un tablón del hospital empleado para programar las cirugías: «Quien se quede hasta el final contará la historia: hicimos lo que pudimos. Recordadnos«. Honremos a la población civil, al personal sanitario; honremos a los compañeros del Hospital de Al Awda.